



SPICY MYSTERY

25c

STORIES
for MAR

LÁDIR Y LOS MELCHEROS
BY JAVIER SERMANZ

Introducción:

He aquí la cuarta entrega de las andanzas y desventuras de Ládir el Manos-ágiles, un héroe a la fuerza de un mundo particular que se ve arrastrado irremisiblemente por los infortunios de El Karma, pese a sus denodados esfuerzos por divertirse en el sitio que le ha tocado desde que naciera hace siete años en el cuerpo del joven que había elegido para él.

Después de consolidar su gremio polifacético de granujas en La Ciudad, a tenor del espeluznante episodio de La Ciudad Subterránea, ahora nuestro amigo y aventurero es sacado por primera vez de su hogar para ir hasta La Capital de El Reino, donde debe escoltar a la sobrina de El Obispo, su enconado e irreconciliable rival, la cual padece una extraña dolencia...

—¡Ay qué le estará pasando al probe manué, que hase tiempo que no le sale! ¡Qué le estará pasando al prooobe Manué, que hase tiempo que no le sale! ¡Naino-naino-naino, Naino-naino-na! ¡Naino-naino-naino, Naino-naino-na!— cantaba despreocupado su guía, indiferente al mosqueo del Manos-ágiles.

—Venga, Bufa, reconoce que no tienes ni pajolera idea de dónde estamos— rezongó enojado Ládir.

—Pol mis muertos te lo juro, paayo, que yo me conozco estas tierras como la parma de mi mano— le respondió Bufa mientras que, apoyado en el arzón de su silla, contemplaba con ojos sorprendidos unos parajes desconocidos para él y se llevaba la mano a la boca, besándosela antes de expulsarla hacia afuera para subrayar sus palabras, en un gesto muy Yitanu.

Bufa había cruzado las propiedades de El Cardenal innumerables veces, tantas que recordaba cada colina, cada monte y cada llano como un mapa de estrategias militares. Por ello le inquietaba aquella cañada ignota a la que sus pasos desacertados le habían conducido.

Sus ojos verdes ligeramente rasgados lo recorrían todo a la búsqueda de una señal, un mojón o accidente peculiar que le resultara familiar, algo con lo que ubicarse.

¿Ánde coño debían estar? no tenía noticias que ese lugar húmedo, sombrío y desalentador hubiera sido mencionado por alguien de su gremio o de su clan siquiera.

El yitanu era miembro de El Gremio de Los Salteadores, un subgremio perteneciente al afamado, temido y perseguido Gremio de Los Ladrones. Los Salteadores tenían potestad para desvalijar a todo aquel incauto que saliera o entrara de La Ciudad sin un

salvoconducto, pagado previamente a dicho gremio o a su gremio base. Si no lo hacían de esta manera, la incautación de sus objetos de valor, bolsa incluida, se consideraba pago suficiente a la grave infracción, porque no se podía ir por ahí, a la buena de Dios, sin pagar sus Tasas. Eso lo sabía todo El Mundo y los que no lo hacían de natural, eran considerados pecadores y defraudadores. Y a esta clase de gentuza convenía poner en vereda antes de que su mala ejemplaridad sirviera de antecedente para otros. Que El Reino estaba llenito de aprovechados, listillos y oportunistas.

Sus andanzas como miembro del Gremio de Los Salteadores le habían llevado arriba y abajo de las tierras que mediaban entre La Cordillera y La Capital, que se encontraba al este, lamida por el Mar Foriterráneo. Por eso no entendía cómo se había llegado a perder por un sitio en el que trajinaba a diario. Su cabreo era mayor porque encima, para más inri, Bufa había nacido en La Capital, y él esas tierras ya las conocía de antaño cuando robaba malacatones y judinas con su primo er Mingo.

Era precisamente por su conocimiento del terreno que El Gremio de Los Ladrones había ordenado a su filial de salteadores que cedieran a alguien competente en esas cuitas a Ládir, con quien mantenía excelentes relaciones desde el incidente de La Ciudad Subterránea y su tesoro maldito, para que le sirviera de guía de una persona de alta cuna. Ládir no había salido en su vida de La Ciudad y necesitaba a alguien de confianza para tal menester.

A Bufa no le había gustado hacer de guía, prefería tocar su guitarra y cantar, ¡lailo lailo, lailo, lerele rele!, pero tenía que currar para pagar su deuda a Los Prestamistas, quienes habían aportado el dinero que él no había pagado a El Gremio de Los Asesinos, para cargarse a un payo legalmente. Así que como no quiso volver a La Sombra, donde las había pasado canutas anteriormente, decidió recurrir a Los Prestamistas. Pero claro,

al no tener un chavo con que atender los pagos exigidos, tuvo que entrar a currar con Los Salteadores, industria que se le daba a las mil maravillas.

Hombre, trabajar, lo que se dice trabajar, lo hacía más bien poco; Bufa era de los que si una mañana se despertaba con ganas de dar el callo, se volvía a acostar a ver si se le pasaba. En los días de mayor bochorno solía mover poco la azada.

—Hago que trabajo, pero no trabajo. Hago que trabajo pero no trabajo— canturreaba al tiempo.

Por eso su jefe hacía como que le pagaba pero no le pagaba.

Empero, ese no era el mayor de sus problemas. Era su bragueta, Bufa era un calentorro de tres pares de narices y todos sus problemas derivaban de ahí; podría decirse que tenía un problema de envergadura.

Su nombre era Bernardo Cortés Heredia, miembro del clan Cortés, famoso por sus bailarines y cantaores. Aunque todos le llamaban Bufa por razones obvias. Se ganaba la vida como podía, birlando malacatones a Los Fruteros y alguna que otra *flagoneta* por las noches. Tenía un puesto de jardinero en el servicio de un conde, sin embargo una vez la guardia de la casa lo sorprendió, junto a su primo er Mingo, mangando frutas de su huerta.

—¿Qué lleváis en esa bolsa?— le preguntaron enojados.

Bufa llevaba unas aceitunas y se las hicieron meter por el culo. Mientras eso hacía reía a grandes voces.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?— le preguntaron los guardias, extrañados.

—¡Pos que mi primo lleva melones!

La vida le sonreía hasta que la hija del patriarca del clan Cortés, a quien estaba prometido, le pilló en plena faena en la era con su prima. Tuvo que huir de La Capital para evitar la ira del patriarca, que estaba dispuesto a limpiar tal deshonra con su sangre,

y se fue a La Ciudad, donde pensaba que pasaría desapercibido entre la muchedumbre de sus habitantes. La venganza de un yitanu es terrible.

Ocurría que los yitanus tienen primos por todas partes y no se sintió muy seguro allí el desdichado. Alguien le había dicho que en La Esquina de Los Sueños de La Estación podría obtener un trabajito como Cabeza de Turco, que le permitiría desaparecer durante algún tiempo, cumpliendo la condena de otro y además sacarse unas perras. Le pareció una idea formidable, ya que no era nuevo en esa suerte de trances y se sentía con aptitudes sobradas para ese puesto.

En La Ciudad era perfectamente legal que otro cumpliera condena por ti, el caso es que alguien pagara por los pecados cometidos para que El Señor no se enojara. Muchas personas desesperadas buscaban a otras igual de desesperadas y se entendían a la sazón, cerrando un trato satisfactorio para ambas partes y las autoridades.

Mas he aquí que la bragueta, por no decir otra cosa, le volvió a jugar mala pasada de nuevo a Bernardo. Por aquellos entonces frecuentaba el lugar cierta señorita sobre la que pesaba una condena por traficar con Loto sin licencia, aprovechando sus contactos laborales, pues estaba muy bien colocada la moza en el Palacio de La Gobernación. Le ofreció diez Reyes por el trabajo, y él, más atento a sus encantos, de los que se prodigaba abundantemente con los hombres, todo hay que decirlo, cometió el error de no leer la letra pequeña del contrato.

¿Cómo iba a pensar el desgraciado que una condena con sodomía no era cumplirla con un compañero de celda llamado así, sino algo peor que te hacían en las duchas cuando a alguien se le caía una pastilla de jabón al suelo?

¡Ay, Jesusito de mi corazón cómo me pusieron el bullarengue! Recuerda con dolor muy a menudo.

¡Por mis muertos te juro que a la salida te espero, paayo, y te arrajo!

Cuando lo soltaron buscó al tipo que abusó de él y lo mató, sin licencia y por cuenta propia, teniendo que huir de nuevo. Ya se habría largado de La Ciudad hacía tiempo si hubiera encontrado a la paaya esa que le engañó. Todo hace indicar que la mal nacida se ha fugado con un gastón. De momento se ha buscado a una yitana para que le eche un mal de ojo y una mala sífilis coja.

Aunque por ahora debía cumplir con sus acreedores, ¡ya habría tiempo de pillarla!

El yitanu se revolvió en su silla y chasqueó en un gesto de fastidio.

—La culpa la tié la paaya, ella nos lió para que fumáremos la porquería eesa.

—Sí, tiene razón, la culpa es mía. ¿Y qué haremos ahora?— preguntó Eulalia, su acompañante, apretando su montura junto a la de Ládir, y de paso, buscando la forma de rozar sus inmensos pechos con él. Era muy calentona la moza. En sus ojos claros brillaba un creciente temor y el tono de su voz empezaba a desmoronarse. Ládir la sujetó por el brazo firme pero tranquilizadamente.

—Calma. Ya sé que últimamente no nos están saliendo bien las cosas, pero todo se arreglará, confía en mí —intentó que su voz sonara convencida sin éxito.

—Nunca debimos haber escuchado a mi tío, nunca debimos partir— le replicó ella sollozando. Parecía mentira la facilidad con que cambiaba de humor esa chica, pasaba de la euforia a la depresión con tanta rapidez que tenía desconcertado al ladrón.

Eulalia era la sobrina de El Obispo, una bella doncella de la alta sociedad que siempre había estado envuelta en comodidades y privilegios con que su tío la colmaba, además de otras muchas licencias que le permitía, de todos conocidas en La Ciudad. Aunque a decir verdad, de doncella tenía más bien poco; hacía años que la zagala había perdido su virgo, ni qué decir tiene la honra, la cual había repartido entre hombres y mujeres para satisfacer su lujuria incontenible, y dicho sea de paso, las malas lenguas lo juraban, las intrigas políticas de su tío, El Obispo, quien aprovechaba su promiscuidad

para cerrar toda clase de tratos, con y sin su connivencia. Era ciertamente popular entre las altas esferas y el populacho; sus amantes la llamaban simplemente Laly o incluso La Laly, depende quién hablara.

La familia de Eulalia provenía de la puebla castellera de Sara la Manca, célebre heroína que dio su nombre al burgo al perder su brazo en la lucha contra el gastón, al lado del insigne condotiero Don Rodrigo del Vivac, el León Colmilleador, quien peleó en los remotos tiempos de La Liberia contra sus vecinos gastones para proteger las fronteras de sus constantes invasiones, antes de que se consolidara El Reino como país.

Su abuelo era un adinerado burgués, venido a más, Don Eusebio Varila y Gallo, quien amasó fortuna con la distribución de la Baguette gastona y llegó a convertirse en Maestro Panadero y tener una cadena de tiens a nivel nacional, Pan Compan, que le reportó fama y posición social, por la cual obtuvo una ventajosa exclusiva de harinas con La Iglesia.

Don Eusebio tuvo siete hijos con Doña Jacinta, tres murieron en la gran plaga de viruela roja que asoló El Reino; dos por la edad; y quedaron otros dos, el sexto, Inocencio Varila, padre de Eulalia, que heredó el imperio de su padre, y el séptimo, Rocco, que como valía bien poco, fue para cura, pues no se quiso hacer Maestro.

Gracias a los contactos de Don Eusebio con La Iglesia, Rocco pudo medrar en su carrera eclesiástica hasta que detentó el cargo de obispo en La Ciudad. Como es costumbre en El Reino, Rocco Varila perdió su nombre y en adelante lo pasaron a llamar El Obispo. Su privilegiada posición en La Ciudad, y sus malas artes, es fuerza decirlo, le ganaron no pocos enemigos con los que tuvo que lidiar en oscuras intrigas, hecho normalizado en la gran urbe. Se dice por ahí que el anterior obispo, amén de otros preladados aspirantes al cargo, murió envenenado mientras comía pasta, su plato favorito,

en una recreación particular de la Última Cena. Hay quien se atreve a chismorrear que la familia Varila tuvo algo que ver en el funesto suceso.

El mal carácter de su sobrina, díscolo y licencioso incluso antes de la Primera Sangre, propició que la mandaran a La Ciudad para que la férrea mano de su tío la llevara por el buen camino de El Señor. Pero según parece, se extravió algo de su senda y aún pugnan por meterla en vereda sin demasiado entusiasmo. Se dice que acompaña a su tío a Las Termas los días impares, en los pares el señor obispo se hace acompañar por bellos querubines, lugar donde se abusa de la carne y de las drogas, y que allí dentro, entre las aguas burbujeantes de los yaculis, es donde da rienda suelta a sus muchas pasiones. Hecho que no les preocupa porque tienen línea directa con El Señor y El Indulto está garantizado.

En La Ciudad se limpiaban casi todos los pecados mediante el riguroso pago de El Indulto. Podías pecar hoy y pagar mañana, bueno, en ese caso, a principios de mes, que era cuando el recaudador tocaba a tu puerta.

En realidad la pobre Eulalia sufría un grave trastorno maníaco-depresivo que la impulsaba a esos terribles desórdenes de los que se hablaba. En El Mundo todavía no conocían esa enfermedad como lo hacéis en el vuestro, pero intentaban combatirla con todos sus medios, tanto humanos como divinos.

Justamente por eso su tío, El Obispo, había resuelto enviarla al balneario de Nuestra Señora de La Merced, en La Capital, para que sus aguas curativas y un poco de oración y confinamiento obraran algún bien en ella. Mas no quería que se conociera el asunto, ya se sabe, las malas lenguas largan lo que no es, y había recurrido a otras vías para solucionarlo en la mayor de las discreciones. Recurrir a un Gremio Ilegalizado era la mejor.

Pocas veces había abandonado Eulalia su palacete para viajar y menos acompañada, o podría decir escoltada, por un patán recubierto de pieles y cueros pestilentes.

—Será mejor que viajéis en el anonimato, querida sobrina— había oído con indignación de labios de El Obispo el día que le expuso sus deseos, sin que ella pudiera objetar su desacuerdo—, corren tiempos oscuros y algún desalmado, poco temeroso de El Señor y de La Iglesia podría haceros daño.

—¿Pero por qué con un vulgar ladronzuelo de La Ciudad, por qué no escoltada por guardias vestidos de común— se lamentaba ella, intentado que su tono sonara todo lo lastimero y desprotegido posible, cosa que no mutó la imperturbable resolución de su tío.

—Ládir es discreto

—¿Y por qué no puedo ir en Gabarreta como todos los demás? Mi amiga Laura Calvo, la de la conservera, ya tiene la suya propia- se empecinaba la muchacha.

La Gabarreta era un medio de transporte que se había puesto muy de moda desde el último año. Era una variación de menor tamaño de La Gabarra, el magnífico transporte público que habían inventado mil años ha Los Hermanos Calatrava, utilizado para una y hasta seis personas en lugar de cientos; que ya se sabe lo odioso que le es a la gente pudiente mezclarse con la chusma, que apesta, es ruidosa y siempre te intentan birlar algo. Toda las familias bien acomodadas y los altos puestos de los gremios habían adquirido una; era infinitamente más barata que un carruaje, pues no había que mantener a los caballos y todo lo que ello conlleva, mozos, establos, etc, etc; solo hacía falta un par de personas esforzadas para que le dieran a los pedales y, ¡sus, sus!, a tirar para adelante.

—Montar a caballo endurece las posaderas y es menos ostentoso, mi querida Eulalia, algún día me lo agradecerás.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

